

Tropicalidad

Nada ~~me~~^{nos} ha asombrado tanto, en estos días de declaraciones nacionales e internacionales, como el tono tropical de algunos artículos, comunicaciones, felicitaciones y otros escritos aparecidos en la prensa de Santiago con motivo del incidente provocado por las declaraciones del señor Sumner Welles.

Los chilenos tenemos -- o hemos tenido o nos hemos atribuido hasta estos momentos -- fama de gente sobria, discreta, enemiga de tropicalismos y de tropicalidades; tenemos -- o etcétera, etcétera -- fama de despreciar las frases rimbombantes, las declaraciones truculentas, los gestos teatrales. ¿Qué se ha hecho esa sobriedad, esa discreción, esa parquedad de expresión?

Hubo una declaración concreta: en el territorio chileno se oculta y opera una banda de espías; esta banda de espías, por medio de comunicaciones radiotelefónicas, ha contribuido a hundir, en lejanos mares -- lejanos para el hombre, muy cercanos para la onda radiotelefónica --, buques de nacionalidades sudamericanas. Esa banda de espías tiene cómplices en otros puntos y uno de ellos ha sido descubierto en Cuba.

Esa es toda la declaración, hecha por un país amigo que está en guerra y en la cual, a pesar de toda nuestra voluntad, no vemos nada que amenace nuestra integridad territorial o ~~una~~^{nuestra} dignidad de nación libre y soberana.

¿Qué hemos hecho ante tal declaración? Negar, algunas veces con un tono al que hacía falta el rumor de algunos cocoteros tropicales, que tal cosa ocurra en nuestro país, riéndonos, por añadidura, de la suposición -- ¡sólo a un yanqui se le puede ocurrir tal cosa! -- de que ~~ninguna~~ alguien pueda, desde Chile y sin más armas que un aparato de radiotelefonía, hundir un buque en el Mar Caribe o en el Atlántico sur-occidental.

La negativa, sin embargo, así como la mofa, se han visto desvirtuadas por un hecho concreto: el descubrimiento, en Santiago, capital de la república de Chile, de una banda de espías -- algunos de cuyos miembros se disponen en estos momentos a veranear en Zapallar (no es tan malo, después de todo, ^{el}/ser espía) -- con conexiones internacionales, transmisiones clandestinas de radio y mensajes en clave.

Por dos veces, en la página de editoriales de "El Mercurio" de Santiago, se ha repetido: "ningún chileno puede permitir, aunque se asegure lo contrario, que se ejerciten dentro de Chile actos contrarios a nuestros vecinos y hermanos del norte y del sur. Estamos seguros de que nuestro Gobierno sabrá cumplir dignamente este deber y no se detendrá en la campaña emprendida contra el espionaje extranjero, hasta dejar libre esta tierra generosa y hospitalaria de todas esas actividades delictuosas para satisfacción de nuestra conciencia americana, libre y democrática y para tranquilidad de nuestros vecinos."

Eso es hablar según la tradición que pretendemos merecer. Lo demás es cocotero, mono y zambalacanutá.

Manuel Rojas